

bres lámparas y no se dignaron contestarlas; pero encargaron al Bóreas las vengase de tales insultos. En un abrir y cerrar de ojos, empezó á soplar aquel viento con tanta violencia, que apagó todas las lámparas, y vuelto los hombres repentinamente á la oscuridad, pudieron sin embargo dirigirse por los astros de la noche, cuya suave claridad los favoreció para llegar á sus casas.

Iba Enrique á buscar otro apólogo, cuando acudió Provenzal á noticiarle que una nueva crisis acababa de poner al sábio Filberto en el mayor peligro. Inmediatamente devolvió Enrique al hortelano su abultado libro, y tomó con celeridad el camino de la Cartuja, en compañía de sus hermanos y sus primos.

DIA CUARENTA Y CUATRO.

Reinaba en la Cartuja el mayor desconsuelo. Los facultativos pronosticaron la próxima muerte del anciano, y era menester administrarlo; para cuyo efecto ya se habia enviado á buscar á la parroquia de Roseville el Santo Viático, y esperaban al respetable pastor de aquella iglesia, hombre lleno de religion, de sabiduría y de virtud. Llegó, pues, con todo el aparato que requieren estos casos dolorosos, y como el sábio Filberto conservaba despejada su razon, derramó tiernas lágrimas antes de recibir el augusto sacramento.

Los señores Arleville asistian á la cabecera de su lecho: todos los muchachos, de rodillas dentro de la alcoba, tenian los ojos clavados en el moribundo y las manos levantadas al cielo,

pidiendo prolongase una vida tan preciosa; el hortelano German, el honrado Provenzal, la fiel María, y en una palabra, todos los criados de la casa, presenciaban este acto, mezclando sus lágrimas y sus votos con los de la desconsolada familia.

Contemplaba el sábio Filberto esta escena lastimosa, y á sus hijos les dijo con desmayada voz:—Por qué llorais? Con ochenta y dos años que llevo corridos, presumíais que seria inmortal? No debíais esperar que legaria el momento de tan natural separacion? Creedme, hijos míos, muero sin inquietud... Mi hijo, mi querido Arleville, junta á los dones de la naturaleza, aquellos que logra el hombre instruido por medio de una sábia educacion: es el modelo de los padres, de los esposos y de los ciudadanos; tiene la dicha de poseer una esposa virtuosa y unos hijos muy amables; le dejo, pues, sin experimentar el mas leve cuidado por su suerte, que es tal cual yo se la deseaba: mi nuera, mi hija, mi buena Elisa, es la madre de estos niños, y tia de aquellos á quienes sirve de segunda madre, y por lo mismo me tranquilizo considerando el buen apoyo que tienen los infelices huérfanos: mi nieto Enrique y su hermano Teodoro, ya son juiciosos; ellos consolarán á sus padres, ayudándoles á sobrellevar el peso de los asuntos domésticos, darán á sus

hermanos y primos el ejemplo de la docilidad, de la actividad y del trabajo; y el buen fondo de sus corazones me afianza la ejecucion de este voto que formo para mi hijo y para ellos. Clara, Elisa y Flavia, serán los báculos de la vejez de su madre; por último, estoy bien persuadido de que toda mi familia será feliz. Porque, pues, quereis que yo no cierre mis ojos con toda la seguridad que debe tener el cristiano que ha desempeñado siempre sus obligaciones? En cuanto á la pérdida que vais á experimentar, amigos míos, es ciertamente de poco valor; considerad que soy anciano, incapaz de haceros ningun servicio y que un viejo enfermizo, mas bien es un peso, que un verdadero amigo... No me repliqueis. Conozco lo que es la vejez, y me hago justicia á mí mismo; ya es tiempo que restituya al que me ha criado una vida que procuré fuese pura y acrisolada en lo posible. Cuántos hombres que acaso harían mas falta que yo en el mundo, no han llegado á la mitad de mi carrera! Pocos logran contar ochenta años, y muchos son tronchados como la flor del campo en su primavera, ó en su estío: tengo, pues, que tributar á Dios mil acciones de gracias por haber prolongado mis dias hasta este momento, y vosotros debeis bendecirle, puesto que me amais, por haberos conservado tanto tiempo á un padre, que, segun el

orden de la naturaleza, no podia pasar mas adelante sin aflijiros á todas horas con sus ayes y gemidos. He conservado mis potencias en todo su vigor, y en verdad que no deseo vivir para perder la salud que he tenido la dicha de gozar con robustez hasta esta época. No lloreis, pues, queridos hijos míos; y vos, señor cura, desempeñad vuestro deber sagrado.

Conociendo éste la sabiduría con que se explicaba el moribundo, le pareció que para recibir el Sacramento Divino que iba á administrarle, preparado estaba ya el anciano, y en efecto, ¡cuáles habian sido las acciones de su vida entera! Todas ellas de virtud, de beneficencia y de caridad; de manera que el párroco procedió inmediatamente al desempeño de su ministerio, y el enfermo se sintió aliviado con los consuelos de la religion.

Esta ceremonia respetable y magestuosa, celebrada con bastante pompa en una pieza iluminada por un gran número de antorchas, enterneció los corazones de todos, y el señor Arleville penetrado de respeto y piedad, no pudo menos de decir á su esposa:—¡Oh amiga mía! Vengan, vengan aquí los filósofos del siglo, esos pretendidos espíritus fuertes, que nada creen, á ver cómo muere un cristiano, y conocerán que el aparato con que le acompañan en su

hora postrera, y las tristes ceremonias que acabamos de presenciarse, no solo consuelan al hombre, sino que son verdaderamente dignas de su Majestad y de la grandeza de su Autor.

Terminada la ceremonia, pidió el enfermo que le dejasen solo por algunos instantes con su médico de cabecera y con el prudente confesor que le asistía. Bajaron todos al salon en el mas profundo silencio, interrumpido solamente por sus lágrimas y sollozos.

Al declinar la tarde, como el enfermo conociese que se iban debilitando sus fuerzas, mandó que todos volviesen junto á su cama, y apenas lo hicieron:—Acercáos, les dijo, acercáos todos á mí; porque siento que no puedo esforzar la voz, y que dentro de pocos instantes quedará estinguido mi aliento vital. Venid, quiero daros á entender mis últimas disposiciones, las cuales sin otra formalidad, espero que merezcan el nombre de un verdadero testamento. Hijo mio, toma papel y pluma, siéntate lo mas cerca que puedas, y hazme el gusto de escribir lo que yo te vaya dictando.

Hizo el señor Arleville lo que su padre le ordenaba, y el sábio Filberto esplicó sus intenciones en esta forma:

TESTAMENTO
DEL PADRE DE FAMILIA.

Dejo á mi nieto Enrique, por quien debo comenzar como primogénito de la familia, mi libro de memorias, en el cual he ido desde mi niñez escribiendo mis pensamientos mas íntimos, y todos los hechos de mi vida. En él verá que cada noche tomaba exacta cuenta de mis acciones de aquel dia, y que despues de haber examinado escrupulosamente mi conciencia, trasladaba por escrito mis culpas cometidas. Por ejemplo, en la página 31 encontrará estas palabras: "Hoy he perdido en el teatro algunas horas de la noche, siendo así que tenia que arreglar la cuenta del pobre carpintero que tiene mujer y seis hijos, y está en la mayor necesidad. Por lo mismo, mañana á la madrugada le daré dinero, y despues harémos cuentas..." En la página 40... "Acabo de hallarme con los enemigos de mi amigo D... y he tenido la vileza de no sacar la cara por él, y de no desmentir las calumnias con que le infamaban. Hice mas todavia con una lijera sonrisa he aprobado algunas de aquellas, asociándome, digámoslo así,

con sus perseguidores. Pido por ello perdon á Dios y á la amistad, etc.

Deseo, pues, que mi amado Enrique guarde dicho libro de memorias, y lo lea con cuidado, siguiendo mi método, y cumpliendo mi postrema voluntad.

Doy á su hermano Teodoro, pues conozco su disposicion para la poesía, la coleccion inédita de mis pobres versos, en la inteligencia de que nunca vieron la luz pública, y solo los hacia por mero pasatiempo. Sin embargo, notará Teodoro en mis producciones que no he perdido el tiempo en vano, cantando á las *Gloris* y *Filis*. Mis canciones se refieren á los cumpleaños de mis padres, al nacimiento de mis hijos, al casto amor de mi esposa, á la fidelidad de mis mejores amigos, etc., hallándose mezcladas á estas, algunas fábulas, una que otra elegia y varias epístolas sobre asuntos morales. Es mi voluntad espresa que Teodoro no pretenda nunca, para estas bagatelas los honores de la impresion, deseando solamente le recuerden que aquel á quien debe la existencia su tierno padre, habia recibido una educacion sana, y hacia poco caso de sus trabajos literarios por los que nunca tuvo vanidad.

Dejo á Clara mis instrumentos y papeles de música, y á su hermana Elisa mis dibujos, aunque conozco que no tienen gran mérito.

A Cipriano no puedo dejarle cosa mas útil, que un *Tratado de la sabiduría* con notas de mi puño, aumentado con un ensayo sobre la moderacion. Agrego á este obsequio mis flores y las demas armas que se hallaren de mi uso; pero es mi voluntad que tenga presente que la esgrima no es un arte recomendable sino cuando se emplea en el legítimo servicio de la patria ó de las leyes. Sostener su propia honra y la de su familia, es cosa laudable; mas tirar la espada por una palabra, por una liviana ofensa, es propio de locos y de malvados.

Alejandro llevará mis instrumentos de física, porque es amigo de hacer experiencias, trabaja por instruirse, y hará de ellos un uso recomendable.

A Virginia la dejo mis esferas, mis globos y todas las cartas geográficas, con tal que cuando sea esposa y madre dedique algunos ratos á dar leccion á sus hijos con estos instrumentos. De esta manera se perpetúa en las familias el recuerdo de los ancianos de quienes proceden.

Dejo á mi querido Antonio, que ya es bastante juicioso para sus pocos años, mi reloj de bolsa, y toda la parte divertida é instructiva de mi biblioteca, que se compone de cuentos morales, y de varios tratados sobre educacion; deseando que algunas veces los lea con sus hermanos y primos.

Como Mariquita y Francisco son todavia muy niños para dejarles cosas serias, y sin embargo, quiero que se acuerden de mí, les dejo mis dados de marfil, unos estuches con buenas tijeras y otros útiles, y en fin, todos los juguetes que se hallaren en la segunda gabela de mi cómoda á mano izquierda.

Acercaos ahora, Flavia, Evaristo, Adriana, Eugenio y Carlitos, que me mirais con un respeto verdaderamente filial, y sois sobrinos de mi querida nuera. Solo por esto tendrais derecho á mi cariño; pero lo mereceis particularmente por haber honrado siempre mis canas como si fuera vuestro padre. Y para que veais que no he desdeñado vuestras atenciones, ademas de mis libros de Ciencias y de Historia, que dividireis entre los cinco, dejo señalada para cada uno de vosotros una renta vitalicia de seis mil reales, que habreis de percibir de lo mejor y mas florido de mis bienes. Mi hijo será el encargado de cumplir esta mi voluntad, sirviendo como hasta ahora de verdadero padre á los cinco huérfanos.

Dejo igualmente á la buena María, diez mil reales por una vez; otro tanto á German, y dos mil al honrado Provenzal, pues no quiero que ninguno de los que han sufrido mis impertinencias tengan motivo para quejarse de mi memoria. Hijo mio! el último acto de la vida del

hombre debe consagrarse al agradecimiento y á la caridad...

Calló el anciano al llegar aquí; pero satisfecho por haber tenido tiempo para hacer sus disposiciones, se vió brillar en su rostro la serenidad del justo, y el dulce consuelo de la virtud. De allí á pocas horas padeció una violenta crisis, sosegóse de nuevo, abrazó uno por uno á todos los de su familia, volvió á caer en una verdadera agonía, y por fin exhaló el postrer suspiro.

DIA CUARENTA Y CINCO.

No es posible pintar con exactitud el dolor de aquella buena familia. Los lectores podrán formarse idea de su desconsuelo, si han sabido apreciar la ternura y el respeto con que miraban los muchachos á su digno abuelo, siendo el primero en darles este ejemplo el señor Arleville, hijo tan obediente y sumiso, como buen padre y tierno esposo. El fúnebre luto cubrió la Cartuja de Roseville, y en lugar de las amables risas, y de los ejercicios por el campo, vieron á tomar allí su asiento los pesares, los suspiros, las lágrimas y los sollozos.

En tanto que los niños lloraban la muerte del anciano, que tanto los amaba, el señor Arleville y su esposa, en cuyo semblante se veía retratado el dolor, arreglaban todo lo conveniente para desempeñar con el virtuoso Filber-

to los últimos deberes. Era su ánimo que los funerales fuesen solemnes; dignos del hombre respetable á quien acababan de perder; y con este objeto, despues de haber convidado á todos los parientes y amigos para la triste ceremonia, ordenaron el entierro de la manera siguiente:

EXEQUIAS DEL SÁBIO FILBERTO.

Espuesto el cadáver por espacio de veinticuatro horas en la capilla de la Cartuja, rodeado de muchos blandones, fué velado sucesivamente por el señor Arleville y los muchachos; por su tierna esposa acompañada de las niñas, cada uno de los cuales esparció agua bendita sobre el cuerpo inanimado, cuyo venerable semblante parecia que todavía se mostraba cariñoso á los que iban á verle. Un sacerdote leía en alta voz las preces de los difuntos, y los asistentes las repetían con el corazón. Los parientes, amigos y criados de la Cartuja con el amable Hipólito, que habia sido convidado para esta fúnebre ceremonia, eran modelos de piedad y de recogimiento. Por último, llegaron tambien Menival con su esposa, y madama de Milangel, que hallándose por casualidad en Paris, no quisieron dejar de asistir al entierro de su amigo.

El dia señalado para conducir á éste, y trasladarlo á su última morada en la tierra, el párroco de Roseville, á fin de dar mayor lustre al acompañamiento, dispuso juntar toda la clerecía de los contornos; y empezó la marcha en este órden:

1.º Una parte del clero y cien pobres vestidos de nuevo, con su antorcha en la mano.
2.º Otra parte de la clerecía y todos los vecinos de Roseville, distribuidos en dos filas.
3.º Varias niñas vestidas de blanco con gasas negras.

4.º Un grupo de niños de cuatro á cinco años, que representaban diferentes virtudes: la *fé*, la *esperanza*, la *caridad*, la *prudencia*, etc.

5.º El venerable párroco, y sus dos vicarios ó tenientes.

6.º La caja en que iba el cadáver del buen anciano.

7.º El señor Arleville con los muchachos, formando la fila derecha, y su esposa con las señoritas, formando la de la izquierda, todos vestidos de negro.

8.º Los criados de casa tambien de luto.

9.º Y por último, Hipólito, los señores Menival y demas amigos ó parientes.

Llegado que hubieron todos á la iglesia de Roseville, se cantó en ella una misa solemne, y en seguida la comitiva fúnebre se dirigió por el

mismo orden al cementerio. Qué reflexiones tan dolorosas hicieron algunos de nuestros jóvenes á quienes un mes antes habia conducido el buen Filberto á este triste lugar!...—Aquí, decia uno, nos ha hecho ver la imagen de la destruccion, y nos habló de su próximo fin sin asustarse, ni concebir pesar.—Quién nos hubiera dicho, decia otro, que dentro de tan breve tiempo habia de pagar su tributo á la naturaleza, como los que ahí están sepultados!—Yo he tenido siempre presente, añadía este, la edificante moral que nos enseñó en este funesto recinto, con el presentimiento de su próxima muerte, y de que vendria muy luego á parar á él.

De esta manera iban hablando entre sí, estos buenos niños, cuya conversacion es una prueba clara de lo piadosos y sensibles que eran. Apenas se colocó el cadaver en el sepulcro que debia ocupar, quedando todos en profundo silencio, el señor Arleville pronunció en alta voz la corta oracion fúnebre que vais á leer.

“Parientes, amigos, niños, caritativos vecinos, y vosotros tambien fieles criados del venerable anciano, cuya pérdida lloramos, suspended por un momento los gemidos para recoger en vuestro pecho las flores que voy á esparcir sobre su tumba!... Ya no existe; pero si su alma pura y sin mancilla, pudiera descender un momento á

nosotros, oir nuestros suspiros y ser testigo de nuestro llanto, no experimentaria un placer inesplicable en las efusiones de nuestra gratitud!

“La muerte de un hombre que no ha brillado en las eminentes plazas del gobierno, ni en el foro, ni en la carrera militar, ni en las de las artes, sin duda es indiferente para la sociedad que perennemente se renueva; y sin embargo, la muerte de un hombre virtuoso, compasivo, honrado, es una verdadera calamidad para aquellos á quienes edificaba con su ejemplo, y de los cuales era el amigo y el modelo. Mi padre fué un hombre sencillo, pero que siguió siempre las leyes de la mas exacta probidad. Nunca supo detener con mano avara ó disminuir el salario del artesano por acrecentar sus caudales. Tampoco supo especular con la carestía ó el excesivo precio de los objetos de su comercio, para hacer que se los pagaran á peso de oro, ni para privar de ellos á sus comarcanos. Por el contrario, en esos casos era cuando los vendia al costo. Este solo ejemplo basta para daros una idea de su honradez y de su humanidad como negociante: pero además ha sido buen amigo, buen esposo, y un excelente padre de familia; yo le debo mi educacion, el poco mérito que tengo, y algunas virtudes, muy débiles comparadas con el gran número de las que adornaban su

corazon y su entendimiento: jamás salió de su boca una palabra dura, ni aun severa, contra el prójimo: compadecíase de sus enemigos, los perdonaba, y por eso percibía mejor el placer de la sincera amistad que le manifestaban; finalmente, mi padre ha hecho felices á cuantos le trataron; y como vivió lleno de virtudes, no extrañeis que muriese con serenidad.

“Querido padre! si de la morada de la muerte se te permite oír todavía mi desmayada voz, y la de todos estos amigos que te lloran, dignate aceptar estas demostraciones de nuestro agradecimiento, de nuestro fiel cariño: dignate desde le alto de los cielos, en que ahora habitas, como piadosamente lo creemos, mirar con ojos de bondad á estos hijos que son los tuyos, ya que les has dado en vida el ejemplo de todas las virtudes formando para el bien sus tiernos y sensibles corazones: gloríate ¡oh padre mio! al ver los talentos, las amables prendas que un día sabrán desplegar en este mundo en todas sus situaciones en que se hallaren; has dejado en tu lugar una familia bien educada: tu tránsito por esta tierra de miseria, que al fin has desamparado, quedará perpétuamente impreso en la memoria de los hombres de bien!”

Así habló el señor Arleville, comenzando de nuevo las lágrimas, los suspiros y los sollozos de los asistentes, hasta que conociendo el buen

párroco, que ya era tiempo de poner fin á esta dolorosa escena, se dispuso para entregar al sepulcro los despojos del sábio Filberto. ¡Triste día! terminó como habia empezado, es decir, con lágrimas, y con el recuerdo de las virtudes, de las buenas acciones, y hasta de las simples palabras del hombre estimable que acababan de perder para siempre!

Sin embargo, como no hay dolor eterno, particularmente para el ánimo de los niños, veremos en los dias que siguen, que nuestros amigos, al paso que no se olvidaban de su abuelo, supieron volver á los acostunbrados ejercicios, teniendo con especialidad la fortuna de vivir con unos padres que solo procuraban formar su corazon, é instruir su entendimiento.
